

Nombrar y celebrar

Celina Manzoni

Cuando Coriolano Alberini, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, propone en 1931 la creación de un Instituto de Cultura Latino-Americana, una nota al pie de la respectiva ordenanza aclara que ésta será su denominación definitiva.¹ Bien, pero ¿definitiva respecto de qué? Definitiva por lo menos respecto de otra denominación que, en el mismo documento, privilegia el establecimiento de “relaciones intelectuales entre los países iberoamericanos” y propicia “formar una biblioteca de autores ibero-americanos” entre otras actividades que se detallan: dictar una cátedra, organizar seminarios y editar una “Colección de obras originales referentes a la vida cultural de Ibero-América”.²

El día de la postergada inauguración (5 de julio de 1934) ante el general Agustín P. Justo, Presidente de la República,

1 Ordenanza sobre la fundación del Instituto de Cultura Latino-Americana (24 de noviembre de 1931). Firmada por Coriolano Alberini y Carmelo M. Bonet.

2 Dan cuenta de esta actividad editorial los libros, folletos y opúsculos atesorados en nuestras bibliotecas; entre otros, el libro con el que María Rosa Lida iniciaría su reconocida trayectoria: *El cuento popular hispano-americano y la literatura*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Cultura Latino-Americana, 1941.

el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Copello, autoridades universitarias y los embajadores de España y Uruguay, los discursos del rector de la universidad, Vicente C. Gallo, y de Alfredo Franceschi, decano de la facultad, aunque mantengan la alternancia entre lo latino y lo iberoamericano, preferirán hablar de “la tradición del americanismo”, “la unidad americana”, “el empeño americanista”. Arturo Giménez Pastor, designado director del Instituto de Cultura Latino-Americana, en sintonía con los oradores que lo preceden, titula su discurso “El espíritu de América”. Una cualidad del nombrar, no solo estadísticamente alta en los discursos oficiales de ese día sino incluso beligerante cuando las palabras del rector Vicente Gallo culminan entre signos de admiración con “¡América para la Humanidad!”, en clara manifestación de rechazo a la llamada doctrina Monroe y los peligros del panamericanismo.³ No sabemos si hubo debates explícitos por el nombre en esas instancias académicas pero en los papeles se hace evidente, primero, que la opción “americanista” no cundió, y luego, que hacia 1936 las denominaciones hasta entonces en juego pasaron a ser reemplazadas por la variante “hispanoamericana” que todavía hoy nos nombra.

Esta breve narración evidencia por lo menos una incomodidad, es síntoma de un malestar que no termina de resolverse y en el que seguimos enredados; los profesores vinculados a las cátedras de Literatura Latinoamericana y de Literatura Brasileña de la Facultad de Filosofía y Letras, lo mismo que los especialistas en literatura caribeña, radican sus proyectos de investigación en el Instituto de Literatura Hispanoamericana en una amplia intersección que durante años hemos rodeado en el intento de explicar

3 *Inauguración del Instituto de Cultura Latino-americana. El espíritu de América*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1934, p. 6.

y de explicarnos. Además, muchos de esos proyectos se articulan como travesías: cruzan legislaciones, tradiciones, lenguas, vestidos, costumbres, sabores en una compleja dialéctica entre lo nacional y lo internacional, entre lo local y lo global. En algunos de ellos se quiebran entonces los límites de un hispanoamericanismo que, aun en sus más generosas expresiones, apenas pudo contener la diferencia entre las lenguas española y portuguesa pero que también, a partir de una percepción de las tensiones que conlleva, proponen nuevas reflexiones tanto respecto de un latinoamericanismo que en ocasiones se percibe como atrincherado en retóricas poco convincentes para la imaginación crítica, como de un antilatinoamericanismo banal que pareció despabilarse a la luz del bicentenario de las guerras de Independencia.⁴

Como sea, la fundación, en esos primeros años treinta, de un espacio destinado a investigar “la labor cultural de las naciones latino-americanas” se instala en el marco de por lo menos cuatro acontecimientos que, junto con políticas de la lengua, comprometieron, como no podía ser de otro modo, y de manera más general, fuertes instancias de lo político. Me refiero primero a la polémica del Meridiano Intelectual de 1927 cuyas repercusiones volverán una y otra vez a lo largo de los años siguientes. Luego, al XIV Congreso del PEN Club que, reunido entre el 5 y el 15 de septiembre de 1936, realizó en su tumultuoso desarrollo un giro desde la espiritualidad a la que parecía destinado, hacia el impacto provocado por el golpe contra la república en España junto con la denuncia del fascismo y de los crímenes del nazismo en el resto de Europa. En tercer lugar, al *Séptimo Coloquio de la Organización de Cooperación Intelectual* de la Sociedad de las

4 Volpi, Jorge, *El insomnio de Bolívar. Cuatro consideraciones intempestivas sobre América Latina en el siglo XXI*, Buenos Aires, Debate, 2009.

Naciones que, convocado bajo el lema “Relaciones actuales de las culturas de Europa y América Latina” se interrogó, entre el 11 y el 16 de septiembre, acerca de las características de la cultura americana y las posibilidades de que pudiera sostener, en una situación de crisis, los logros de la cultura occidental.⁵ Finalmente, en diciembre del mismo infausto 1936, también en Buenos Aires se reunió la Conferencia Panamericana que, además de ser un eslabón de la serie iniciada en Washington a fines del siglo XIX, y de la cual José Martí fue recordado corresponsal, concitó también una nutrida presencia de intelectuales-políticos americanos.

Los cuatro acontecimientos articularon debates en torno a la cultura continental: sus logros, sus peculiaridades, las tradiciones en las que se reconocía y su futuro en un mundo en crisis. De alguna manera esas tensiones culturales, teóricas, políticas, ideológicas e incluso sentimentales se condensarían en torno a la cuestión del nombre con el que sería identificada, una cuestión de la que dependía, y todavía depende, la determinación de un espacio de inscripción y pertenencia que no es solo académico. Si en la creación de nuestro instituto y la decisión acerca de su nombre, exceptuada la asumida y casi diría militante ignorancia del panamericanismo, se condensan las principales opciones que se fueron sucediendo a lo largo de por lo menos todo el siglo XX (hispanoamericanismo, iberoamericanismo, latinoamericanismo), sorprende la escasa o nula atención en el orden práctico de la muy mencionada variante del americanismo que, como es sabido, había sido casi exclusivamente distintiva en toda la literatura de las guerras de independencia.

5 He estudiado la primera reunión en “Vacilaciones de un rol: los intelectuales en 1936”, en *Rupturas*, Vol. 7, *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2009, pp. 541-568. Acerca de la segunda he presentado varios trabajos, el último, “La utopía de América revisitada en 1936”, en la Universidad Eötvös Loránd, Budapest, octubre de 2016, en prensa.

En esa coexistencia y en esa situación de equilibrio inestable en la que las ideas y los nombres fueron tejiendo una compacta red, los debates se internacionalizan: la polémica del Meridiano Intelectual que atravesó casi toda América Latina fue vehiculizada al menos por diez publicaciones periódicas americanas y dos españolas.⁶ Tanto en esas revistas, como en las actas de las reuniones mencionadas antes, percibimos una heterogeneidad de voces que en su momento materializó uno de los proyectos más ambiciosos de la cultura latinoamericana: la reflexión acerca de la autonomía de la literatura y acerca del complejo proceso de su autonomización. Un eje sobre el que es posible reconstruir una tradición de la cultura continental que pasa por pensar el problema de la autonomía de la literatura en términos ampliados. Por una parte, y en el sentido propuesto por Adorno, autonomía respecto de la sociedad y por otra parte, autonomía de la literatura latinoamericana y de la crítica de la literatura latinoamericana respecto de modelos asentados, canónicos o canonizados y, por eso mismo, prestigiosos o de alta visibilidad, gesto que podemos llamar de autonomización sobre todo a partir de los análisis de Ángel Rama en los tempranos setenta.⁷ El estudio del complejo proceso por el que se realizó el pasaje de las historias de las literaturas nacionales a la formulación de una literatura general le permitió mostrar el movimiento intelectual por el cual la crítica logró forjar un nuevo discurso abarcador a partir de desplazar el modelo impuesto por Marcelino Me-

-
- 6 Existe una amplia bibliografía sobre el tema que analizo en su dimensión latinoamericana en "La polémica del Meridiano Intelectual y la internacionalización del debate en la vanguardia latinoamericana". En Ehrlicher, Hanno y Nanette Risser-Pipka (eds.), *Almacenes de un tiempo en fuga. Revistas culturales en la modernidad hispánica*, Aachen, Shaker Verlag, 2014, pp. 271-294.
- 7 Rama, Ángel, "Un proceso autonómico: de las literaturas nacionales a la literatura latinoamericana", *Río Piedras*, 5-6 (1974-1975), pp. 125-139; y "Autonomía literaria americana", *Sin Nombre*, Vol. XII, N° 4 (1982), pp. 7-24.

néndez Pelayo, quien, en los dos volúmenes de su *Historia de la poesía hispanoamericana* (1911-1913) logró cimentar el hispanismo del siglo XX. Su metodología consistió no solo en limitarse a la mera sumatoria de literaturas nacionales sino en establecer un eje lengua-nación cuya consecuencia fue necesariamente la marginación de las literaturas indígenas y el olvido de la literatura brasileña y de la haitiana junto con otras literaturas del Caribe.⁸ Tampoco las historias nacionales de la literatura que empiezan a publicarse en América, ya en el siglo XX, logran superar esos criterios asentados en una reinterpretación de los modelos europeos, más bien los reproducen: una única lengua, sucesión de escuelas literarias, movimientos o estéticas muchas veces importadas acríticamente.

Sin embargo, Pedro Henríquez Ureña en 1926, un año antes del estallido de la polémica del meridiano, en su conferencia “El descontento y la promesa” reconoce críticamente el atraso de la crítica hispanoamericana para forjar un discurso continental abarcador. Él mismo articulará más tarde la salida a una situación en apariencia clausurada en las conferencias dictadas en la Universidad de Harvard en 1940-1941; para esas lecciones concibió un común esquema histórico en el que integró las literaturas en lengua española y portuguesa en un espacio territorial identificado como hispanoamericano. Al establecer como base unificadora, en cambio del sistema lengua-nación, un campo cultural, elude un trazado cronológico de escuelas artísticas y estéticas y articula una organización fundamentada en períodos históricos que podían enlazarse como etapas de proyectos culturales comunes.⁹ Aunque desde entonces,

8 Menéndez Pelayo, Marcelino, *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948.

9 Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

mediante el entronque cultural, dispusimos de un discurso integrador de toda América, todavía en 1954, Enrique Anderson Imbert sostendrá en el “Prólogo” a su *Historia de la literatura hispanoamericana*: “La literatura que vamos a estudiar es la que, en América, se escribió en español. No ignoramos la importancia de la masa de indios. Pero en una historia de los usos expresivos de la lengua española en América, corresponde escuchar solamente a quienes se expresaron en español”.¹⁰

Durante ese contradictorio proceso, aquí apenas insinuado, que abarcó todo un continente, los intelectuales siguieron reescribiendo la historia y “nacionalizando” las letras y la crítica, proporcionando respuestas imaginativas sobre la cultura, la raza y la sociedad: “Sus prácticas podrían ser comentadas en el contexto de la difícil autonomización de la actividad intelectual y de los cambios de función de los intelectuales”, dice Arcadio Díaz Quiñones.¹¹ Es en esos años de búsqueda de definiciones y de cambios de paradigma cuando se vuelve a la cuestión del nombre: ante la apropiación del nombre de América y del de “americanos” por la poderosa república del norte del continente (a partir sobre todo de la derrota de España en el 98), cunde la necesidad de renombrar esa cultura y en el camino se recuperarán argumentaciones decimonónicas de corte latinoamericanista, principalmente de Francisco Bilbao en Chile en 1856 y de José María Torres Caicedo en Colombia en 1857.

Empezaron a cundir cultura latinoamericana y *América Latina*, nombre que nunca le pareció satisfactorio a Henríquez Ureña ni tampoco a José Carlos Mariátegui y que, no obstante, tuvo momentos de recuperación esporádicos y a

10 Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 9.

11 Díaz Quiñones, Arcadio, “Introducción”, *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*, Bernal, Universidad de Quilmes, 2006, pp. 19-63.

veces militantes sobre todo en los años sesenta y setenta. Pese a que la idea de América Latina como una entidad cultural autónoma, con conciencia de su identidad y, ante todo, de sus distancias y diferencias con la metrópoli se acentuará después del 98, las decisiones en Buenos Aires optan, como vimos, por el hispanoamericanismo, más prudente que un latinoamericanismo para el que París ofrecía ya en los comienzos del siglo XX un escenario incomparable, más allá de las especulaciones paranoicas sobre los peligros del latinismo.¹² Es en algunas de las zonas del discurso que se va forjando en esos años donde ya es posible reconocer el germen de un modo de rodear el problema en el que se inscriben futuras proyecciones como las que podemos leer en los ensayos mayores de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas y Ángel Rama, quienes presiden nuestras deliberaciones.

Muchas de esas reflexiones constituyen el amplio escenario sobre el que se insertará ampliada la cuestión del nombre. ¿Latino, hispano, indo, ibero, afro...americanos? La reactualización de esas vacilaciones se proyecta de manera casi necesaria a la formulación de políticas culturales que tratan de encontrar respuestas a la relación con los modelos, siempre en una perspectiva que recupera críticamente las profusas retóricas ligadas al planteo de la identidad. Si hubo un momento en que el nombre de América Latina pareció unificador, aunque en relativa disputa con Hispanoamérica o Iberoamérica, si en los años sesenta el nombre pareció estabilizarse en un momento de intensa revolucionarización, no solo continental, luego, en las lábiles fronteras entre el siglo veinte y el nuestro resurgieron las polémicas y con ellas rotundas negaciones cruzadas

12 Cheymol, Marc, *Miguel Ángel Asturias dans le Paris des "années folles"*, Grenoble, Presses Universitaires, 1987.

también con los fastos del Bicentenario. Si el nombre es lo que instala la distinción, la diferencia, la dificultad de nombrarse es por lo menos síntoma de un problema que vuelve una y otra vez y que desafía a nuestro ILH en el que la intensa actividad investigativa amplía fronteras hasta hace poco pensadas como invulnerables y que hoy se perciben porosas y en redefinición.